

Quisiera empezar mi historia como cualquier cuento de hadas, como cualquier historia inventada, pero no es así.

Siempre pensé que las fantasías del amor y la pasión eran tonterías, no había lugar en mi corazón para una historia de amor verdadera, siempre entre cálculos, entre libros viejos y fríos, siempre en el local de mi madre. Nunca tuve tiempo de pensar en lo que se sentía un beso, un abrazo y nunca importo, hasta que la vi.

Caminado a través de la lluvia tan indiferente de lo que pasaba a mí alrededor, con la cabeza agachada, inmerso en la música que sonaba en mis oídos, pensando simplemente en nada, choque con alguien, tirando lo que llevaba, volví mi cabeza para ver quién sería aquel espécimen y fue cuando la vi. Con lagrimas en los ojos, con coletas, ojos negros como la noche, un cabello tan rojo y hermoso como el fuego y con su uniforme de la escuela, me agache para recoger sus libros, “Las batallas en el desierto, eh, gran libro” dije al fin. Ella fijando la vista en mi no respondió, solo tomo el libro y se puso de pie. Le pedí una disculpa y le tendí la mano “Gabriel” le dije sonriendo, ella tartamudeo algo que no puede escuchar, mientras un señor gritaba lleno de ira “Alicia, vuelve aquí, te lo ordeno” La hermosa criatura que tenía ante mis ojos, reaccionó y hecho a correr, solo logre oler aquel inolvidable perfume, vainilla.

“Alicia” dije en voz alta, baje la mirada y vi un cuaderno. Escuela Internacional de Arte, seguí mi camino a través de la lluvia sin poder dejar de pensar en su rostro y sin poder dejar de oler su perfume. Llegué al local de mi madre, saludando cortésmente, me cambie la ropa mojada y empecé a trabajar. Aquel local o mejor dicho aquella pequeña fonda de comida ha pertenecido a mi familia por años, mis abuelos se conocieron ahí y mis padres también, así que tiene un enorme valor sentimental. Yo estaba perdido, en cualquier lado olía aquel perfume, el olor a vainilla de Alicia, no podía concentrarme, no podía cocinar, no podía pensar en aquellos segundos que la vi. Llego mi hora de descanso, agarre mi chamarra y salí en dirección de la escuela de arte, llovía tanto que no podía ver bien, ahí espere para ver si la encontraba, pero de todas las niñas que vi, ninguna era Alicia, mi triste Alicia.

Así pasó el tiempo, en las mañanas recorría el mismo camino de aquel día, en las tardes siempre iba a esa escuela, para volver a verla, aunque sea una vez más, algo que odiaba es que ese olor a vainilla siguiera en mí, tan dentro de mí, tan profundo.

Pasaron los días, poco a poco perdí la esperanza de volver a verla, me jure a mi mismo que sería la última vez que pasaría por esa calle. No la vi nuevamente, llegue con mi madre cambie mi ropa y empecé la jornada, tan decepcionado, tan melancólico, tan triste. Caminaba entre las mesas, tomaba la orden, servía y recogía platos, de pronto un libro se cayó de una mesa, Las batallas en el desierto, lo recogí y vi a la persona que estaba sentada en esa mesa, Alicia.

Era ella, la chica que tanto busque, había aparecido, me sonrió tímidamente, alzó la ceja y me dijo “Alicia, mi nombre es Alicia” yo quede perdido, no recuerdo si me sonrojé o si le devolví la sonrisa, tanto había esperado ese momento que no sabía qué hacer cuando llegara. Ella notó mi reacción y rio, fue una risa hermosa, el mundo se paralizó por completo, tan bella sonrisa en tan bello rostro.

Deje la bandeja que llevaba en la mesa y me senté en frente de ella, no sabía que decir, era la primera vez que no sabía que decir, ella tomó mi mano y me dijo “Te he visto, por las mañanas en la calle y en las tardes por mi escuela. Te he visto siempre con esa mirada perdida de tus ojos azules. Te he visto con mi cuaderno de dibujo, pero nunca deje que me vieras” Torpemente pregunte el porqué, ella contesto “porque no te conozco, un extraño que se aparece diario por donde estoy, me diste miedo, pero al final, es ternura lo que reflejan tus ojos” reí para ocultar mi pena, ella siguió “Gabriel, te he visto, mas en mis sueños que en la realidad, tu imagen no escapa de mi mente. ¿Quién eres Gabriel?”. Tan fascinado por aquella criatura que en sus ojos demostraba amor y miedo, respondí “Vainilla. Ahora mi olor favorito es Vainilla”.

Pasamos horas platicando, mi madre no me dijo nada en cambio preparo 2 cafes, que se me hizo muy extraño, hablamos de todo, ella era una joven aspirante a la pintura y al teatro, hablaba de ello con tanta seguridad que era imposible dudar de ella, le mencioné que mi sueño era ser músico, tocar la guitarra era mi pasión y cantar mi mejor vocación, también le dije que amaba cocinar, ya que eso juntó a mi familia. Hablamos de canciones, de arte, de pinturas, de libros, de todo, jamás me había sentido tan bien, tan contento, tan lleno con alguien, ella era perfecta, con mi mirada recorrí su cuerpo una y otra vez y nunca encontré defecto alguno, amaba su risa, amaba el brillar de sus ojos, el movimiento de nariz, amaba su rojizo cabello. Si mis amigos, era el primer día y ya la amaba.

El tiempo voló, ella se despidió sin antes darme una pequeña nota “Gracias por estar aquí, tu Alicia”. Se volteo y en un arrebato de alegría le di un beso en la comisura de sus labios, a lo que ella respondió con un abrazo, un cálido, fuerte y gran abrazo.

Al día siguiente, llegue al café como siempre, tan alegre, tan avivado, tan feliz, con una energía y una sonrisa. Exactamente a la misma hora de ayer ella llegó, me saludo y dijo “Gabriel, no puedo quedarme este día, pero en la noche te veo en la fuente de la catedral” Se dio la vuelta y se fue. Llegó la noche, la hora indicada, estaba tan nervioso, no sabía si llevarle algo o no ir, la curiosidad, el miedo y la angustia matan a un corazón. Llegué a la fuente, ella estaba ahí. La reconocí a primera vista, me senté a lado de ella y la saludé, Tenía los ojos llorosos, me conto que se peleo con su padre ya que él piensa que la pintura no dejará nada en su vida, le dijo “No se trata de lo que te el mundo, si no, lo que tú le dejes a él, Alicia dibujas hermoso, tienes un talento, deberías aprovecharlo” ella se sonrojo y me agarró la mano mientras decía “Sabes Gabriel, apenas y te conozco pero sé que darías todo por mí, sé que eres lo que necesito” . Le puse mi dedo en sus labios para que no dijera nada más, le dije casi en un susurro “No daría la vida por ti, si lo hago no tendría con quien compartirla, no daría la vida por ti, porque tú eres mi vida, jamás te daría a ti”. Nos quedamos callados por unos segundos, aún lo recuerdo, la luna con todo su esplendor nos iluminaba, mientras el silencio carecía de miedo y el viento jugaba con nuestros cabellos, como si los empujase para que estén listos, Tan hermoso aquel paisaje, tan vivo aquella imagen. Nos miramos fijamente, con mi mano acariciaba su pómulo mientras ella jugaba con mis dedos, nos fuimos acercando poco a poco, hasta que sentí que su perfume se convertía en el mío, hasta que nuestros labios se tocaron, se fundieron en un apasionado y romántico beso, que detuvo el tiempo, detuvo el universo y por un momento, fuimos solo ella y yo.

Aún lo recuerdo, aquella magia del primer beso, aquella sensación del primer amor, aquel primer día, aquella primera noche. Han pasado tantos años y aún lo recuerdo, aún tengo el olor a vainilla, mientras recuerdo todo esto, recargado en el mostrador de aquel local, veo a mi hijo sentado con una jovencita, los veo sentados en la misma mesa donde tiempo atrás me senté con esa niña de pelo rojizo, hablan de sueños, de música, de películas, de arte, mientras mi triste Alicia. NO. Mientras mi hermosa y feliz Alicia les prepara dos cafés.